Cosmopolitas y locales en la cultura global

*ULF HANNERZ**

Existe actualmente una cultura mundial (global), pero debemos asegurarnos de que entendemos lo que esto significa. La cultura global se caracteriza por una organización de la diversidad más que por una repetición de uniformidad. Hasta ahora no se ha dado ninguna homogeneización total de sistemas de significado o de expresión, ni parece que la habrá pronto. Pero el mundo se ha convertido en una red de relaciones sociales, y entre sus diferentes regiones existen flujos tanto de significados como de personas o de bienes.[1]

La cultura global se crea a través de la interacción creciente de diferentes culturas locales, así como del desarrollo de culturas que carecen de un anclaje claro dentro de algún territorio dado. Todas se están convirtiendo en subculturas, dentro de un todo más extenso. Se trata de culturas que de manera importante son mejor comprendidas en el contexto de su propio entorno que aisladamente. Pero las personas se pueden relacionar con esta diversidad de interconexiones mundiales de diferentes formas. Por una parte las hay cosmopolitas, y por otra, locales.

La distinción entre cosmopolita y local forma parte del vocabulario sociológico desde hace ya cerca de medio siglo, cuando Robert Merton (1957: 378 y ss) la desarrolló, durante la Segunda Guerra Mundial, en un estudio acerca de los "patrones de influencia" en una pequeña ciudad de la costa este de los Estados Unidos. En ese tiempo (y por cierto, en ese lugar), difícilmente se podría establecer esta distinción fuera del contexto nacional.

Los cosmopolitas de la ciudad eran aquellos que pensaban y que vivían más apegados a la estructura de la nación que a la de la localidad. Desde entonces, la escala de la cultura y la estructura social ha crecido, de manera que lo que era cosmopolita en los cuarenta puede ser considerado hoy en día como una forma moderada de localismo. "Actualmente, una integración internacional es la que determina la universalidad, mientras que la cultura nacional guarda un aire de provincialismo" —escribe el autor húngaro George Konrad en su libro *Antipolitics* (1984: 209).

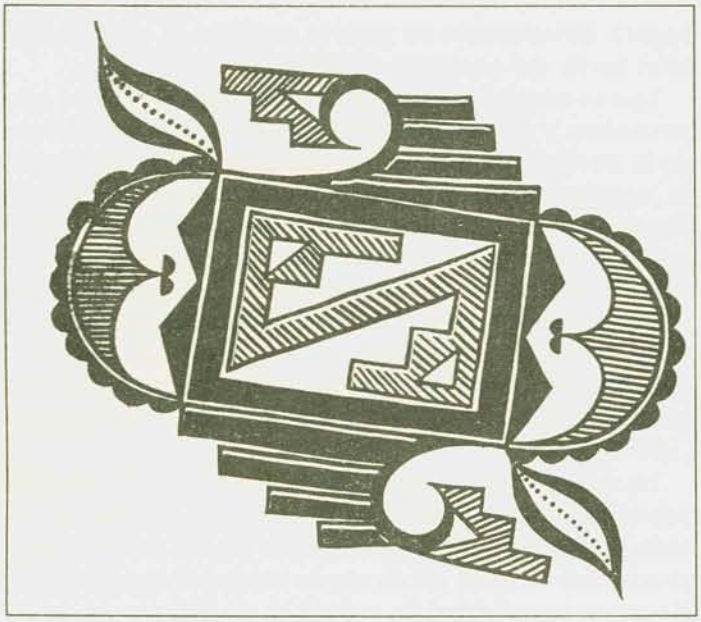
Lo que sigue es sobre todo una exploración del cosmopolitismo como una perspectiva, como un estado de ánimo o —para tomar un punto de vista más procesual— como un modo de manejar significados. No me ocuparé aquí de patrones de influencia, ni de los locales. Sólo los mencionaré como punto de contraste. Mi propósito no es tanto el de llegar a una definición del cosmopolita real (aun cuando tengo mi propia opinión al respecto), sino señalar meramente algunos de los asuntos involucrados.

La perspectiva cosmopolita: orientación y competencia

Frecuentemente empleamos el término de *cosmopolita* de manera vaga, para describir casi a cualquier persona que se moviliza alrededor del mundo. Pero entre ellos algunos parecerían más cosmopolitas que otros, y algunos más lo parecerían escasamente.

*Ulf Hannerz es el director del Departamento de Antropología de la Universidad de Estocolmo. Es autor de *Exploring the city: Inquiries toward an Urban Anthropology* (Columbia University Press, 1980).

Tengo delante de mí algunos recortes viejos del *International Herald Tribune* (16 de octubre de 1985), acerca de viajes y comercio (este último frecuentemente ilícito) entre Lagos y Londres. El artículo cita las relaciones del personal de vuelo, que se quejaba de que las mujeres del mercado de Lagos abordaban los aviones con destino a Londres enfundadas en sus largas túnicas sueltas, lo que les permitía viajar con pescado seco atado a sus muslos y a sus brazos. Este pescado era presumiblemente vendido a sus paisanos en Londres, y en el viaje de regreso, las mujeres llevaban de igual manera paquetes ocultos con barras de pescado congelado, con leche en polvo y con ropa de bebé; todos éstos, productos de gran demanda en Lagos. Londres es así un paraíso para los consumidores y para los revendedores de Nigeria. Cerca del 1% de los pasajeros con destino a Londres vuelan con exceso de equipaje, pero un 30% lo hace en el vuelo de regreso.



¿Es esto cosmopolitismo? En mi opinión, no. Los viajes de negocios de los comerciantes y contrabandistas de Lagos raramente van más allá de los horizontes de la cultura urbana de Nigeria. Las barras de pescado y la ropa de bebé alteran de una manera marginal las estructuras de significación. Y en gran medida, este tipo de vínculo con el mundo exterior, que es ya característico de las vidas contemporáneas, es el que suele establecerse. Se trata, sobre todo, de asimilar productos de algún lejano origen, dentro de una cultura fundamentalmente local.

Históricamente hemos estado acostumbrados a pensar acerca de las demás culturas en términos de estructuras de significado diferentes y como formas significativas frecuentemente muy ligadas a territorios, y a pensar en las personas como en entes evidentemente vinculados a esas culturas particulares. La suposición subyacente aquí es que la cultura fluye principalmente en las relaciones cara a cara, y que las personas no se desplazan mucho. Tal suposición nos sirve en la misma magnitud para definir al tipo local como un ideal.

Ahora bien, las culturas como fenómenos colectivos están, por definición, ligadas principalmente a interacciones y a relaciones sociales y sólo indirectamente y sin necesidad lógica a áreas concretas en el espacio físico. Entre menos limitadas estén las relaciones sociales dentro de las fronteras territoriales menos limitada estará la cultura; particularmente en nuestros días, podemos establecer contrastes, a grandes rasgos, entre las culturas que están definidas territorialmente (en términos de naciones, regiones, localidades) con aquellas que se asumen como estructuras colectivas de significación mediante redes más amplias en el espacio trasnacional o incluso en el global. Este contraste —pero no en forma exclusiva— sugiere también que las culturas más que estar naturalmente separadas unas de otras como piezas mal terminadas de un mosaico, tienden a traslaparse y a confundirse. Mientras las entendamos como diferencialmente localizadas en la estructura social mundial, también nos damos cuenta de que los límites que trazamos alrededor de ellas son frecuentemente arbitrarios.

De cualquier modo, tal perspectiva del presente puede ayudarnos a identificar en términos culturales al cosmopolita. La perspectiva del cosmopolita puede establecer relaciones con una pluralidad de culturas comprendidas como entidades distintivas (y entre más, mejor; los cosmopolitas parecerían más zorros que erizos).[2] Pero más que nada, el cosmopolitismo en el sentido estricto de la palabra incluye una posición hacia la diversidad misma, hacia la coexistencia de culturas dentro de una misma experiencia individual.

Un cosmopolitismo más genuino es, antes que nada, una orientación, un deseo de encontrarse con el Otro. Se trata de una postura intelectual y estética de apertura hacia experiencias culturales divergentes; se trata de una búsqueda de contrastes más que de uniformidad. Llegar a reconocer un mayor número de culturas es volverse un *aficionado* que las contempla como obras de arte. Al mismo tiempo, sin embargo, el cosmopolitismo puede ser una cuestión de competencias (habilidades). Competencia en dos sentidos: tanto una generalizada como otra de tipo más especializado. Está el aspecto de un estado de disposición, de habilidad personal para forjarse su propio camino dentro de otras culturas, mediante el

oído, la vista, la intuición y la reflexión. Y existe la competencia cultural en el sentido estricto de la palabra: una habilidad lentamente construida para mejorar de manera más o menos experta un sistema de significados y sus formas particulares.

En su interés por el Otro, el cosmopolitismo se convierte en una cuestión de niveles y de variedades. Los cosmopolitas pueden ser diletantes o grandes conocedores, y frecuentemente son ambas cosas, según las circunstancias.[3] Pero la voluntad de verse involucrado con el Otro, y la preocupación por obtener una competencia en culturas que en un principio son ajenas, está en relación con el concepto de uno mismo. El cosmopolitismo tiene frecuentemente su dosis de narcisismo; el yo se construye en un espacio donde las culturas se reflejan unas a otras.

La competencia con respecto a las culturas ajenas se vincula en sí misma con un sentido de perfección, como un aspecto del yo. Entre más se expanden los conocimientos de uno, parece haber un mayor control del mundo.

Existe sin embargo una curiosa interrelación, aparentemente paradójica, entre dominio y entrega. Puede ser una especie de cosmopolitismo cuando las personas escogen de otras culturas únicamente aquellas partes que les favorecen. A largo plazo, ésta parece ser la manera en que el cosmopolita construye su propia, única y personal perspectiva, a partir de una colección idiosincrática de experiencias. Pero a corto plazo, tal selección puede operar también situacionalmente. Sin embargo, el cosmopolita no hace distinciones individuales entre los elementos particulares de la cultura ajena para admitir en su propio repertorio solamente algunos de estos elementos y para rechazar otros. No negocia con la cultura ajena, sino que la acepta *en paquete*. Pero aun esta rendición ante la cultura ajena forma parte de su sentido de dominio. La entrega del cosmopolita ante la cultura ajena implica una autonomía personal frente a la cultura de la cual es originario. El cosmopolita tiene una competencia evidente con respecto a esta cultura, pero él puede elegir el desprenderse de ella. Él la posee, y no a la inversa. El cosmopolitismo se torna cambio. Algunos para probarlo han llegado hasta a comer cucarachas mientras que otros sólo se conforman con tener que comer *escargots* (caracoles). Sea lo que sea, el principio es que mientras más claro aparece el contraste entre la cultura ajena y la de origen, una mayor parte de la primera será vista incluso con repulsión a través del cristal de la otra. Por ende, la entrega hacia afuera es también claramente una forma de dominio en casa.

Sin embargo, esta entrega es desde luego condicional. El cosmopolita puede abrazar la cultura ajena, pero no por ello se compromete del todo con ella. El cosmopolita estará, todo el tiempo, consciente de que existe una salida, y sabe dónde encontrarla.

Cosmopolitismo y variedad de movilidad

Sin duda, los cosmopolitas son frecuentemente y de algún modo unos andarines, siempre en movimiento por el mundo. Entre las múltiples culturas con las cuales se involucran, por lo menos una de ellas será presumiblemente de tipo territorial, una cultura que abarca todas las esferas de la vida diaria en una comunidad. La perspectiva del cosmopolita en efecto puede estar compuesta sólo de experiencias de diferentes culturas de este tipo, y así su biografía incluye periodos de estancias en diferentes lugares. Pero también puede estar comprometido con una cultura, y posiblemente, aunque en forma discontinua, con una de otro tipo. Es decir, aquella que se caracteriza por una red trasnacional y no por un territorio. Y es realmente el crecimiento y la proliferación de estas culturas o de estas redes sociales lo que genera en la actualidad más cosmopolitas que nunca antes.

Pero el simple movimiento, ya lo he discutido, no es suficiente razón para convertir a alguien en cosmopolita. Y no debemos confundir a estas personas con otro tipo de viajeros. ¿Acaso son cosmopolitas todos los turistas, los exiliados y los expatriados? ¿Cuándo sí y cuándo no; por qué sí y por qué no?

En su novela intitulada *The Accidental Tourist*, Anne Tyler tiene un personaje central cuyo oficio es el de escribir libros de viajes para anticosmopolitas, personas (en su mayoría agentes viajeros) que hubieran preferido no tener que salir de casa; se trata de personas *locales* de corazón.[4] He aquí guías de libros de viaje para estadounidenses que desean saber qué restaurantes en Tokio ofrecen menús *Sweet'n Low* (alimentos dulces pero bajos en calorías), que necesitan saber qué hotel en Madrid tiene colchones *King-size* de la marca Beauty-Rest y que desean saber si en la ciudad de México existe algún Taco-Bell.

Otro autor contemporáneo, Paul Theroux (1986: 133) continuamente trata temas como viajes y experiencias cosmopolitas y comenta que muchas personas viajan con el propósito de *Casita más....* España sería entonces *casita más sol brillante*; India es *casita más servicio doméstico*; África es *casita más leones y elefantes*. Y desde luego, para algunos otros viajar es idealmente *casita más mayores y mejores negocios*. No existe una apertura general hacia algo impredecible en cuanto a variedad de experiencias. Los beneficios de la movilidad están estrictamente regulados. Tales viajes no son para cosmopolitas, y nadie se preocupa por propiciar que lo sean.

Gran parte del turismo actual es de este tipo. Las personas se comprometen con este tipo de viajes únicamente para cambiar de lugar, de manera que el cosmopolitismo que pudiera potencialmente estar involucrado sería el del tipo de combinaciones de culturas basadas en el territorio. Pero frecuentemente el "plus" no tiene nada que ver (de todos modos) con otros sistemas de significados, pero sí tiene mucho que ver con elementos de la naturaleza, tales como playas hermosas. Sin embargo, ésta no es la única razón por la cual los cosmopolitas odian actualmente a los turistas y odian particularmente el ser confundidos con turistas.

Los cosmopolitas tienden a querer sumergirse dentro de otras culturas, o por lo menos a sentirse libres de hacerlo. Quieren ser participantes, o por lo menos a sentirse libres de hacerlo. Quieren ser protagonistas, o por lo menos pretenden no ser muy rápidamente identificados dentro de una multitud de participantes, es decir, entre una multitud de locales en su propio territorio. Quieren sentirse capaces de moverse furtivamente y entre bambalinas más que verse restringidos a moverse en las filas de adelante. Los turistas no son participantes; el turismo es sobre todo un deporte de espectadores. Y aun cuando quieren verse comprometidos —y en ese sentido tendrán la orientación de un cosmopolita—, los turistas dan por supuesta su propia incapacidad. Los turistas se dan a conocer involuntariamente. Los locales y el cosmopolita pueden reconocerlo a una milla de distancia. Los locales han desarrollado incluso maneras muy particulares de tratar con los turistas, sin acortar las distancias, sin que necesariamente los exploten, pero sin admitirlos dentro de sus intercambios de reciprocidades. Sin embargo, y debido a que el cosmopolitismo es una práctica incierta, el cosmopolita —sin perder el equilibrio en la cuerda floja de la competencia—, sigue corriendo el riesgo de ser confundido con un turista por aquellos locales cuya experiencia les permite identificarlos de una manera cada vez más rutinaria. Y esto puede arruinar muchos de los placeres del cosmopolitismo, así como plantear una amenaza al sentido cosmopolita del yo.

El exiliado también cambia directamente de una cultura territorial a otra, y tampoco es un cosmopolita genuino, dado que su compromiso con la cultura lejana a su tierra natal es algo a lo que se le ha forzado. En el mejor de los casos, la vida en otros países es *casita más seguridad* o *casita más libertad*; pero muchas veces el exiliado ni siquiera se siente en casa. De pronto se encuentra rodeado por una cultura extranjera, pero no se zambulle en ella. En algunas ocasiones sus imperfecciones como cosmopolita pueden ser exactamente las opuestas a las del turista. Él puede desarrollar habilidades, aun contra su voluntad, mas no puede asegurarse que encuentre placer en ello. Edward Said ha argumentado que el exiliado es una desavenencia irremediable, una situación de discontinuidad, un estado defensivo permanente.

> Con muy pocas posesiones, uno se aferra a lo que se tiene con una reivindicación muy agresiva. Lo que se logra en el exilio es precisamente lo que no se tiene ganas de compartir y es en el trazo de límites alrededor de uno y de sus compatriotas que los aspectos menos atractivos del ser un exiliado emergen: un exagerado sentido de solidaridad de grupo, así como una apasionada hostilidad hacia el extranjero, incluso hacia aquellos que pudieran de hecho estar en la misma categoría que uno. (Said, 1984:51)

Los intelectuales franceses que escaparon hacia Nueva York durante la Segunda Guerra Mundial eran, según los retrataron Rutkoff y Scott en 1983, exiliados de este tipo. Su Nueva York, con su propia academia y su propio sainete de acontecimientos culturales, era un santuario donde se sostenía que era casi lo mismo hablar de Francia y de civilización, que eran sinónimos. Entre ellos, no obstante, había personas que aprovechaban la ocasión para explorar la ciudad con los cinco sentidos puestos en ello. Claude Lévi-Strauss (1985:258 y ss), en un fascinante informe incluido en *The view from Afar*, describió su propio Nueva York entre tiendas de antigüedades, tiendas de departamentos, pequeños enclaves étnicos, museos de todo tipo —desde los de arte hasta los de historia natural—, y una ópera china en plena actuación bajo el primer arco del puente de Brooklyn.

Excepcionalmente, los exiliados pueden llegar a ser cosmopolitas; mas, la norma indica lo contrario: la mayoría de las veces no lo son; tampoco suelen serlo los trabajadores migrantes. Para estos últimos el desplazamiento a otro territorio puede significar idealmente *casita más ingresos superiores*. Con frecuencia el contacto con una cultura extranjera más que un beneficio secundario, se traduce en un mal necesario. Y el hogar sustituto se crea nuevamente con la ayuda de los compatriotas, en cuyo círculo se ve encerrado el sujeto en cuestión.

El concepto de expatriado puede ser el más fácil de asociarse con el cosmopolitismo. Los expatriados (o ex-expatriados) son personas que han elegido vivir fuera de su país por cierto tiempo, y que saben que aun cuando están lejos pueden regresar a casa cuando lo deseen. No se trata de que todos los expatriados sean modelos vivientes de cosmopolitismo; los colonialistas también eran expatriados, y la mayor parte de ellos aborrecían *vivir como indígenas*. Pero estas personas que podían soportar la experiencia no temían un desarraigo: poseían un sentido de sí mismos

anhelado pero al mismo tiempo temido. Con frecuencia pensamos en ellos como personas independientes, para quienes la apertura hacia nuevas experiencias es una vocación. O también los imaginamos como aquellos que pueden llevar consigo su propio trabajo hacia donde mejor les plazca. Los pintores y los escultores en París, entre las dos guerras, son quizás el mejor ejemplo. No obstante, el expatriado contemporáneo parece más bien un hombre de empresa. Y aquí regreso a las culturas trasnacionales, y a las instituciones y a las redes que proveen su marco social.

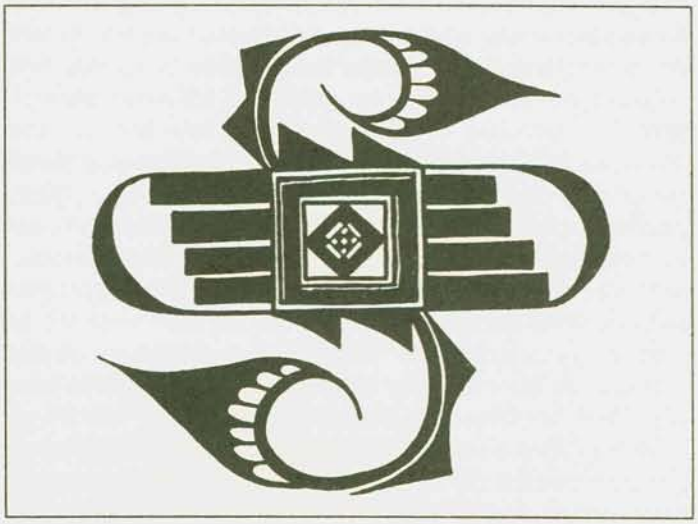
Las culturas trasnacionales hoy

El historiador James Field (1971) al estudiar el desarrollo en cuestión, durante un periodo mayor, escribe acerca del *trasnacionalismo y la nueva tribu*, pero uno puede identificar un cierto número de tribus en tanto que las personas comprometidas con una cultura ajena formen de preferencia conjuntos separados de relaciones sociales y en tanto que los contenidos especializados de estas culturas sean de diferentes tipos. Actualmente las culturas trasnacionales tienden a ser culturas de corte más o menos ocupacional (y frecuentemente están ligadas a mercados de trabajo internacional). George Konrad hace hincapié en la cultura trasnacional de los intelectuales.

El flujo global de informaciones proviene de diferentes niveles técnicos e institucionales, pero en cualquier nivel los intelectuales son las personas que más conocen los unos de los otros, a través de las fronteras; son ellos los que mantienen contacto entre sí y los que más solidarios se sienten entre sí.

Podemos describir como trasnacionales a aquellos intelectuales que se sienten en casa, tanto en las culturas de otras personas como en la suya propia. Le siguen la pista a todo lo que ocurre en diversos lugares del planeta. Tienen lazos especiales en aquellos países en los que han vivido, tienen amigos por todo el mundo y cruzan el océano para discutir cualquier cosa con sus colegas. Vuelan para visitarse los unos a los otros tan fácilmente como sus contrapartes lo hacían viajando de una ciudad a otra para intercambiar ideas, hace doscientos años. (1984: 208-209)

Ahora existen las culturas trasnacionales de los burócratas, de los políticos y de los hombres de negocios; también las hay de periodistas y de diplomáticos y varias otras (*cf. e. g.* Sauvant, 1976). Probablemente la única cultura trasnacional en decadencia sea la de la realeza hereditaria. Estas culturas se vuelven trasnacionales de dos maneras: por un lado, cuando las personas involucradas hacen rápidos desplazamientos desde sus casas-base hacia varios lugares. Sus viajes pueden durar desde unas cuantas horas o días, hasta algunas semanas, de cuando en cuando; y por el otro, cuando las personas trasladan sus hogares-base por periodos más largos, a lo largo de sus vidas. En cualquier lugar al que vayan encontrarán a alguien con quien interactuar en términos de entendimientos especializados pero colectivamente compartidos.



Actualmente, y en virtud de la existencia de las culturas trasnacionales, un mayor número de personas se involucran directamente con más de una cultura, de manera sistemática. En la historia de la humanidad, el desplazamiento directo entre culturas territoriales ha sido hasta ahora accidental. Las excepciones podían localizarse fácilmente. Han sido resultado de guerras, de levantamientos políticos o de represiones o desastres ecológicos, cuando no son la expresión de una pura idiosincrasia personal.

Pero las culturas trasnacionales o territoriales del mundo se entrelazan unas con otras, de muy distintas maneras. Algunas culturas trasnacionales se encuentran más aisladas de ciertas prácticas locales que otras, por ejemplo, la cultura de la diplomacia en comparación con la del comercio. Las culturas trasnacionales son también, en tanto que globalidades, usualmente más marcadas por alguna cultura territorial. Muchas de ellas son de algún modo extensiones o transformaciones de las culturas de Europa occidental o de Estados Unidos. Y si las culturas trasnacionales deben tener centros físicos en algún lugar, sitios en o desde los cuales sus significados particulares son producidos y difundidos con particular intensidad o necesitan tener lugares hacia los cuales las personas puedan acudir para

interactuar en sus términos y donde estos centros tienden a localizarse (Europa y Estados Unidos).

Pero aun lejos de estos centros, las instituciones de las culturas trasnacionales tienden a organizarse de manera que las personas provenientes de aquellas latitudes (Europa y Estados Unidos) puedan sentirse como en casa (se les habla en su idioma, incluso). La organización de la cultura mundial se pone de manifiesto en ambos sentidos a través de las relaciones centro-periferia.

Y en consecuencia, los europeos y estadounidenses pueden encerrarse culturalmente, y seguir siendo básicamente unos metropolitanos locales en vez de convertirse en cosmopolitas. Y esto lo logran aun cuando no se queden en casa, en el seno de sus propias culturas territoriales. En muchas de las culturas trasnacionales estos metropolitanos locales, como los *turistas accidentales* de Ann Tyler, pueden encerrarse en sí mismos, en ocasiones completamente. Para aquellos que no son europeos occidentales ni estadounidenses, o para quienes no pasan su vida cotidiana dentro de los enclaves de la cultura occidental, es posible que su compromiso con una de las culturas trasnacionales se vuelva una experiencia cultural distinta en sí misma.

El significado real del crecimiento de las culturas trasnacionales no suele radicar, sin embargo, en la nueva experiencia cultural que éstas pueden entrañar —por las restricciones inherentes a su alcance y profundidad— sino en las posibilidades de mediación. Las culturas trasnacionales son los puentes para acceder a otras culturas territoriales. En vez de permanecer en ellas, uno puede aprovechar la movilidad que las caracteriza para establecer contacto con el pensamiento de otros modos de vida e ir incorporando gradualmente la experiencia que ello implica a la perspectiva personal.

El cosmopolitismo y las culturas de discurso crítico

La disponibilidad para aprovechar esas oportunidades y para convertirse en cosmopolita es, sin duda, un rasgo de carácter personal. Por otro lado, las diferentes culturas trasnacionales pueden también relacionarse de varias maneras con esas oportunidades. Por todos lados, y particularmente cuando las prácticas ocupacionales no se encuentran muy aisladas de las culturas de los diferentes asentamientos locales, el desarrollo de las habilidades (competencia) en las diferentes culturas aparece como demasiado importante para ser dejado al azar o al antojo personal. En las últimas décadas hemos visto un rápido crecimiento de la industria para la prevención de choques culturales. Los programas de entrenamiento transcultural se han desarrollado para inculcar una sensibilidad, un *saboir-faire* (saber hacer), y probablemente un aprecio por esas otras culturas que son de importancia estratégica para la consecución de metas (desde el punto de vista occidental, particularmente las culturas japonesa y del mundo árabe, rico en petróleo). Existe también una floreciente literatura en el campo del *hágalo usted mismo*.[5] Los escépticos pueden, desde luego, menospreciar la importancia de estos programas y de esta literatura, y calificarlos de *rápido arreglo cosmopolita*. Se inclinarían a dudar de la eficacia de un trabajo de campo realizado en un par de días o de semanas, así como de que cierto tipo de manuales, prácticamente sin título, pudieran sustituir al conocimiento producto del trabajo personal. Y pueden apoyar incluso la idea de que los cosmopolitas, en tanto tales, debieran ser hombres forjados por sí mismos.

Por otro lado, algunas culturas trasnacionales pueden tener cierta clase de relación preconstruida frente al tipo de apertura y de esfuerzo por alcanzar cierta perfección a la cual ya me he referido con antelación. George Konrad, en el texto citado en líneas anteriores, apunta que los intelectuales tienen una particular predilección por sentirse como en su casa al entrar en contacto con otras culturas. Esto es más cierto bajo determinadas circunstancias. La academia francesa en el exilio en Nueva York, por ejemplo, se tomaba a sí misma como referencia cultural. A todo esto, valdría la pena contemplar la posibilidad de que existiera alguna afinidad entre el cosmopolitismo y la cultura de los intelectuales.

Cuando los locales son influyentes, su influencia se finca no tanto en lo que conocen sino en las personas a las que se conoce (Robert Merton, 1957: 400); los cosmopolitas, en cambio, basan su influencia en un conocimiento menos ligado a personas o a una comunidad concreta. Están equipados con un conocimiento especial con el cual pueden ir y venir sin devaluarlo.

No es sorprendente entonces que actualmente se les preste más atención a estas personas.[6] Son una *nueva clase*, gente con credenciales, con un capital cultural descontextualizado. Dentro de esta amplia categoría social, algunos distinguirían, como lo hizo Alvin Gouldner (1979) entre la *inteligentzia* y los intelectuales. Pero esto es poco relevante para mis propósitos aquí; en cualquier caso, y de acuerdo con el mismo Gouldner, ambos comparten *una cultura del discurso crítico*.

Ciertamente, los intelectuales gozan en la actualidad de una particular fortuna al verse involucrados con las culturas trasnacionales. Su conocimiento descontextualizado puede ser rápida y continuamen-

te recontextualizado en diversos escenarios (esto no significa que las culturas trasnacionales consistan únicamente en tal conocimiento). No trasladan solamente ese conocimiento especial, sino también la consiguiente orientación general hacia las estructuras de significación a las cuales se refiere la noción de *cultura del discurso crítico*. Esta orientación, de acuerdo con la descripción de Gouldner, es reflexiva, suele plantearse problemas y concierne a la metacomunicación; podría describirse también como generalmente expansionista en su manejo del significado. Avanza implacable en su análisis del orden de ideas, en pos de una claridad por virtud de la cual el sentido común (en tanto que modo de contraste en el manejo del significado) pueda llegar a descansar confortablemente con lo tácito, lo ambiguo y lo contradictorio. Finalmente, su esfuerzo se encamina hacia la perfección.

Obviamente, no se puede argumentar que una orientación tal, hacia las estructuras de pensamiento, sea de algún modo capaz de mostrar un ajuste particularmente cercano con aquellas culturas ajenas que el cosmopolita desea explorar. Éstas probablemente estén tan llenas de contradicciones, de ambigüedades y de tendencias hacia la inercia como cualquier otra cultura local, incluyendo a aquella de la cual es originario el propio cosmopolita. Sin embargo, como un modo de acercamiento, la cultura parece incluir gran parte de esa apertura y conducir hacia una mayor competencia que, como ya lo he sugerido anteriormente, es también característica del cosmopolitismo. No es un modo de convertirse en local, sino más bien de aparentar un conocimiento local.

La relación especial que existe entre los intelectuales y los cosmopolitas (si existe tal), también podría ser descrita de un modo distinto del que acabo de describir. Los intelectuales, en el sentido más estrecho del término, están involucrados de manera particular con lo que podemos apreciar como las relaciones centro-periferia de la misma cultura. Kadushin (1974:6), en un estudio acerca de los intelectuales estadounidenses, sugiere que cada cultura tiene ciertos *conceptos de valor* centrales que le dan sentido a la experiencia y a la acción, y que la mayor parte de los miembros de una sociedad los manejan tan naturalmente que éstos (los valores) tienden a estar definidos esencialmente más por sus aplicaciones concretas que a través de fórmulas abstractas. Sin embargo, los intelectuales tienen la peculiar tarea de encontrar las relaciones entre estos conceptos de valor y de seguirle los pasos a su aplicación a través del tiempo. Kadushin observa que tales conceptos son ejemplo de *derechos humanos*, de *justicia* y de *libertad de expresión*.

En sus investigaciones, los intelectuales transitan entre la esencia misma de la cultura y los hechos periféricos y efímeros de la vida cotidiana. Y al estar acostumbrados a hacerlo por vocación, tienen un punto a su favor al explorar otras culturas y cuando la oportunidad de cosmopolitismo se les presenta.

Y evidentemente, esta ventaja no se pierde cuando resulta que diferentes culturas comparten de hecho ciertos conceptos centrales de valores. Los intelectuales trasnacionales de George Konrad, al formar alianzas a través de las fronteras, tienden a reunirse precisamente alrededor de esas preocupaciones compartidas.

El cosmopolita en casa

Este ensayo se ha enfocado hasta ahora al cosmopolitismo alejado de su propio territorio. Aun cuando de hecho un cosmopolita pasa la mayor parte del tiempo en casa. Ahora bien, ¿qué significa realmente esto, en el caso de los cosmopolitas?

Probablemente los cosmopolitas genuinos, una vez que pasan a ser miembros de esta categoría, nunca más vuelven a sentirse realmente *en casa*; por lo menos no en el mismo sentido que lo sentirían los locales. *En casa* es algo que se da por sentado, pero una vez que las perspectivas han sido afectadas en forma irreversible por la experiencia de lo otro y de lo lejano, los cosmopolitas dejan de percibir hasta las estaciones del año o los ritos menores de la vida cotidiana como algo absolutamente natural, obvio y necesario. Puede incluso existir un sentimiento de desprendimiento o de enojo hacia los depositarios del sentido común local que no tienen conciencia de la arbitrariedad (de ese mismo sentido común). O tal vez el cosmopolita hace de ese *en casa* igualmente una de sus múltiples fuentes de significado personal, finalmente no tan distinta de las fuentes que ha dejado lejos. Pero también puede ser que el cosmopolita se sienta a gusto con su habilidad tanto para rendirse como para al mismo tiempo dominar esas otras culturas.

En casa puede significar efectivamente *en casa*, pero en un sentido peculiar, es decir, como un recordatorio constante de un pasado precosmopolita, como un sitio privilegiado para la nostalgia. Se trata, pues, de un espacio en el que alguna vez todo parecía simple y recto. A fin de cuentas, *en casa* es realmente un lugar confortable, con caras familiares, donde la propia competencia es indiscutible y no hay que estar probándolo ni ante los demás ni ante uno mismo; pero *en casa* se vuelve entonces un sitio en el cual en gran medida, e incluso por las mismas razones, se corre el riesgo de aburrirse.

En casa, para la mayoría de los cosmopolitas, casi todos los demás habitantes son *locales*. Y esto suele ser cierto en las culturas basadas en territorios. Y viceversa, para los locales el cosmopolita es alguien un poco raro: uno de nosotros, pero no exactamente. Es alguien a quien se respeta por su experiencia, pero que al mismo tiempo no es digno de una confianza plena. La confianza llega a ser un asunto de perspectivas compartidas, de un *yo sé, y sé que tú sabes, y sé que sabes que yo sé*. Y esta fórmula para la organización social del pensamiento no se aplica necesariamente a las relaciones entre locales y cosmopolitas.

Algunos cosmopolitas están más aptos para hacer aplicar esta fórmula nuevamente *Wenn jemand eine Reise tut, dan kann er'was erzählen*, dice el dicho, y hay quienes se especializan en dejar que los demás sepan cuánto conocen los primeros por haber viajado hasta lugares lejanos. De este modo el cosmopolita puede, al incursionar en una esfera local, convertirse en un intermediario o en un empresario exitoso, pero corre el riesgo de que su intento por tener acceso a lo otro sólo sea posible convirtiéndolo en algo trivial y por lo mismo traicionando su naturaleza y el carácter genuino del encuentro. De algún modo, entonces, la actitud más auténtica que puede asumir un cosmopolita será la de dejar separadas ambas esferas.

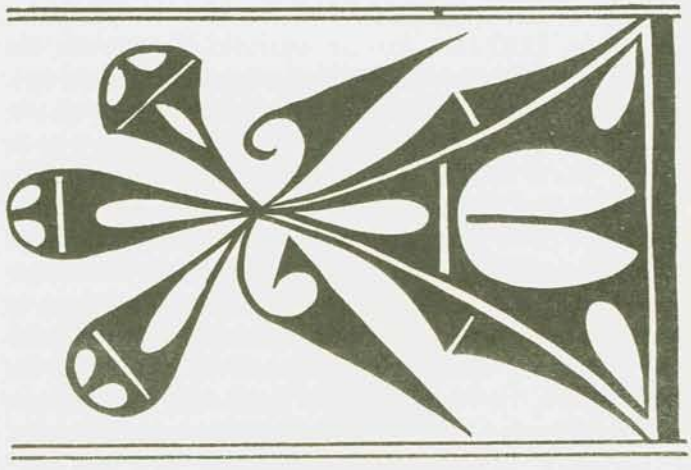
A pesar de todo esto, *casita* no es necesariamente un sitio en el que el cosmopolita se encuentre en calidad de exiliado. Es natural que en el mundo contemporáneo muchos escenarios locales se caractericen por su diversidad cultural. Aquellas personas con inclinaciones cosmopolitas pueden hacer un uso selectivo de su habitat para mantener una orientación expansiva hacia el mundo exterior. Otros cosmopolitas pueden estar ahí, ya sea que se encuentren en casa o bien fuera de ella, y puede también haber extranjeros con orientaciones no-cosmopolitas. Independientemente de los encuentros cara a cara, existen los medios de comunicación —los previstos para el consumo local, aun cuando hablen de lo que es lejano, y aquellos que en realidad forman parte de otras culturas, como las películas o los libros. Lo que Marshal McLuhan definió alguna vez como el poder implosivo de los medios de comunicación puede hacer de prácticamente cualquier persona alguien un poco más cosmopolita. Y uno puede preguntarse si al fin y al cabo es posible en la actualidad volverse cosmopolita sin salir de su propio territorio.

Conclusión: la dependencia de los cosmopolitas frente a los locales y sus intereses comunes

Existe una cultura mundial. Qué duda cabe. Todas las estructuras de significado y de expresión, distribuidas indistintamente, se interrelacionan de algún modo y en algún lugar. Las personas que son cosmopolitas tienen el compromiso de lograr un cierto grado de coherencia y puesto que ésa es su misión, han sido materia central del presente ensayo. Si solamente existieran personas del tipo local en el mundo, la cultura universal podría reducirse a la suma de sus partes separadas. Como están las cosas, resulta cada vez más difícil seguir asumiendo al *local* como tipo ideal.

Algunos sujetos, tales como los exiliados o los trabajadores inmigrantes, se han visto distanciados de su base territorial y de su propia cultura, pero perseveran en su interés por mantenerse como grupo cultural, y de alguna manera conservan así ciertos razgos de su cultura. Incluso puede observarse un número creciente de personas que sin salir de su territorio encuentran que su cultura es cada vez menos local, menos penetrante, menos evidente y que va perdiendo su delimitación con respecto al exterior. Si esa forma de cultura global que amenaza con convertirse en un proceso terminal de homogeneización lograra tal propósito, los locales se extinguirían, o adoptarían una forma diferente y se transformarían en razón de un nuevo compromiso con una cultura distinta de la original. Todos llegarían a ser, por lo tanto, locales, en un nivel global.

Sin embargo, en el presente los cosmopolitas y los locales tienen el interés común de que se conserve el estado de cosas vigente con respecto a la diversidad cultural. Para los segundos es un asunto de identidad. Poco puede interesarles el acceso a otras culturas, mas la simple existencia de éstas les confiere un sentido de pertenencia. Por el contrario, para los cosmopolitas la diversidad en sí representa sencillamente la condición de su existencia, pues de hecho no puede haber cosmopolitas sin locales.



Notas

[1] La primera versión de este trabajo fue presentada como ponencia en la Primera Conferencia Internacional de Intercambio Este-Oeste en el Sistema Mundial, durante las Olimpiadas de Seúl, Corea, en agosto de 1987. La ponencia fue preparada como parte del proyecto "El sistema mundial de la cultura" del Departamento de Antropología de Estocolmo, el cual fue financiado por el Consejo de la Investigación Sueca para las Ciencias Sociales y las Humanidades (HSFR).

[2] De este modo los antropólogos no son necesariamente muy cosmopolitas; muchos de ellos son conocedores de una sola tribu. Para información acerca de los erizos y los zorros véase Berlin, 1978.

[3] El diletante, recuérdese, es alguien a quien le gusta "disfrutar". (N. del T. : se trata, en el texto, de un juego de palabras: "dilettante" y "delight" tienen un sonido semejante). Es aquél cuya curiosidad puede llevarlo un poco más allá del conocimiento común, pero que, por cortesía, se abstiene de convertirse en un auténtico especialista (*cf.* Lynes, 1966.).

[4] Existe también, desde luego, una película basada en la novela (cuyo título en español es, aunque resulte difícil creerlo, *Un tropiezo llamado amor).*

[5] Véase, por ejemplo, el volumen de *Do's and Taboos Around the World*, publicado por Parker Pen Company, quien describe así el propósito de tal edición: Idealmente, este libro ayudará a cualquier viajero del mundo a que mantenga una antenita invisible que captará mensajes acerca de las diferencias culturales y los matices. El aprecio y entendimiento de tales diferencias podrá prevenir aprietos, dificultades, desdichas y fracasos. De hecho, aprender a viajar a través de estas diferencias culturales puede ser a la vez un reto y una diversión. (Axtell, 1985)

[6] Véase también, por ejemplo, Randall Collins (1979: 60 y ss.), quien hace una distinción entre la producción de cultura *nativa* y *formal*.

[7] Acerca del sentido común véase, por ejemplo, la discusión acerca del modo *dóxico* en Geertz (1975) y en Bourdieu (1977:164 y ss.).